

Omar Jayyam

Tratados

TRADUCTORES

Del árabe

Milagros Nuín

Jaafar al-Aluni

Antonio Martínez Castro

Del persa

Clara Janés

Said Garby

COMENTARISTAS

Manuel Martínez Llana

Jenaro Talens

Jesús Moreno Sanz

Clara Janés

EDICIÓN A CARGO DE

Clara Janés

Alianza editorial

Esta obra ha sido traducida en el marco del programa de traducción «Clásicos árabes» de la Escuela de Traductores de Toledo (Universidad de Castilla-La Mancha), dirigido por Luis Miguel Cañada.



Traductores. *Del árabe*: Milagros Nuin; Jaafar al-Aluni; Antonio Martínez Castro / *Del persa*: Clara Janés; Saïd Garby.

Comentaristas. Manuel Martínez Llanea; Jenaro Talens; Jesús Moreno Sanz; Clara Janés.

Concepción gráfica y diseño de portada: D. B. y José Luis Collada

Imagen de portada: Omar Jayyam elaborando el calendario 1074 d. C., por H. M. Burton. De la *Historia de las Naciones* de Hutchinson, publicada en 1915. © Alamy / Cordon Press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Escuela de Traductores de Toledo, 2021

© de esta edición: Clara Janés, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-584-3

Depósito legal: M. 25.719-2021

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 PALABRAS PREVIAS, por Clara Janés

I. EL TIEMPO

- 19 Preliminar (*Clara Janés*)
- 23 Del descubrimiento de la verdad del Año Nuevo (*traducción de Clara Janés y Said Garby*)

II. LAS IDEAS

- 41 Preliminar (*Clara Janés*)
- 51 De la Creación y del Precepto (*traducción de Milagros Nuin*)
- 65 Respuesta a tres cuestiones: de la necesidad de contradicción en el mundo, del determinismo y de la permanencia (*traducción de Milagros Nuin*)
- 77 De las luces intelectuales en la cuestión de la ciencia universal (*traducción de Milagros Nuin*)
- 85 De la ciencia de los universales de la existencia (*traducción de Clara Janés y Said Garby*)
- 99 De la existencia (*traducción de Milagros Nuin*)

III. LA MÚSICA

- 115 Preliminar (*Jenaro Talens*)
121 De los géneros musicales de cuatro notas (tetracordio) (*traducción de Milagros Nuin*)

IV. LOS NÚMEROS

- 129 Preliminar (*Manuel Martínez Llana*)
133 De la división de un cuarto de circunferencia (*traducción de Antonio Martínez Castro y Jaafar al-Aluni*)

159 Preliminar (*Manuel Martínez Llana*)
167 De la medición del peso del oro y de la plata en un cuerpo compuesto por ambos (*traducción de Antonio Martínez Castro y Jaafar al-Aluni*)

V. EL CANTO: LOS RUBAYAT

- 181 Preliminar (*Clara Janés*)
183 Sobre los *rubayat* de Omar Jayyam (fragmento), *por Sadegh Hedayat* (*traducción de Clara Janés y Said Garby*)
195 Algunas variantes

POSFACIO

- 203 Incógnitas espejadas entre la filosofía y la poesía, *por Jesús Moreno Sanz*

231 NOTAS

251 CRONOLOGÍA

257 BIBLIOGRAFÍA

Palabras previas

Tener los tratados de Omar Jayyam en las manos es como tener una joya inesperada, pues apenas se sabía de su existencia. Este hecho sorprende tanto más cuanto que la talla de esta piedra preciosa presenta distintas facetas, a cuál más luminosa. Si Jayyam alcanzó una fama indiscutible por sus poemas, sus *rubayat*, los cuales, desde que se dieron a conocer gracias a Fitzgerald en 1859, se incorporaron a la literatura universal como obras imprescindibles y de gran actualidad, no sucedió lo mismo con sus tratados. De hecho, hasta que Rossenfeld y Yuskovitch, en 1962, los reunieron y publicaron en ruso, solo aquí y allá se mencionaba o reproducía alguno, lo cual repercutía exclusivamente en un ámbito muy cerrado. Celebramos, pues, doblemente esta edición en español, a través de la cual podemos captar la

medida de las enormes capacidades intelectuales de su autor; capacidades que le permitieron abarcar desde las matemáticas a la música, desde el estudio de los elementos a la contraposición esencia-existencia o desde la fijación del calendario hasta cuestiones relacionadas con el determinismo y el libre albedrío.

Si bien Jesús Moreno Sanz se encarga en su posfacio de presentar en detalle la figura de Omar Jayyam, siguiendo los estudios más recientes, demos, para empezar, un perfil a grandes rasgos de nuestro personaje. Omar ibn Ibrahim Jayyam nació en 1048 en Nishapur (Jorasán), en el seno de una familia de comerciantes. Su padre, fabricante de jaimas, con pocos estudios, reconoció pronto las dotes de su hijo y lo llevó a la escuela de Mowlaví Ghazí Muhammad, donde, con seis años, se inició en literatura persa, árabe, matemáticas y teología. Dada su viveza, Ghazí Muhammad recomendó que continuara estudiando, ahora geometría y astronomía, con el famoso matemático Abulhassan al-Hanbari. Este, posteriormente, le aconsejó que, además, prosiguiera con filosofía, mística y ética, lo cual llevó a Omar Jayyam a las clases del Imán Mowafaq Nishapurí y a las del maestro Muhammad Mansur.

Por su inteligencia y personalidad reservada, Omar Jayyam quedó pronto envuelto en leyenda, en la que se involucró a Hasan Sabah, posteriormente jefe de la secta ismaelí conocida como «de los asesinos», y al visir Nizam al-Mulk, 28 años mayor que él. Lo que parece cierto es que Omar Jayyam conoció a Hasan Sabah en Ispahán en

los primeros meses de 1074, e hizo de intermediario entre él y Nizam al-Mulk. Más adelante, el ambiente de inseguridad y terror en su tierra aumentaría, debido precisamente al asesinato de Nizam al-Mulk, convertido en visir del sultán selyúcida turcomano Malek Shah. Llegamos así al año 1092, fecha en que Jayyam alcanzaba su madurez.

Siguiendo las lecciones de Muhammad Mansur, el joven Jayyam descubrió el pensamiento de Avicena, médico y filósofo que adoptó la línea trazada por Al-Farabí, traductor y comentarista de Aristóteles, el cual abrió paso a la teoría del intelecto agente como forma separada de la materia. Posteriormente, movido siempre por el afán de aprender, Omar Jayyam viajó a Samarcanda, y allí escribió dos tratados que ofreció al máximo juez de la ciudad, Abu Taher Abdal Rahman Ahmad, y concluyó la que sería una de sus obras más famosas, el *Tratado de álgebra*. Luego partió hacia Balj para estudiar *Las Cónicas* (en ocho volúmenes) del gran matemático y geómetra griego Apolonio de Pérgamo¹, que se hallaba en la biblioteca de un sabio de la ciudad. En este sentido escribió además un libro para explicar *Los Elementos* de Euclides. Se disponía a viajar a Rey (al sur de la actual Teherán) cuando le llegó la noticia de que su padre estaba grave y, cambiando de rumbo, se dirigió a Nishapur para acompañarlo hasta su hora final.

Omar Jayyam era ya conocido como científico (dominaba la astronomía, la astrología, las matemáticas, la filosofía y la medicina) y maestro cuando abandonó de nuevo Nishapur porque el sultán Malek Shah, cuyo visir era

Nizam al-Mulk, lo invitaba a reformar el calendario. Partió, pues, hacia Ispahán y se convirtió en astrónomo de dicho sultán, y levantó una gran torre-observatorio.

Al morir Malek Shah en 1092, un mes después que Nizam al-Mulk, Jayyam perdió el apoyo y sus tablas astronómicas quedaron inacabadas. De regreso a Nishapur, y tras una precautoria peregrinación a La Meca en 1093, aunque el hijo de Nizam al-Mulk, Fakhr al-Mulk, mientras fue visir (1095-1105), siguió otorgándole su favor, cayó en desgracia debido a sus ideas, agudizándose contra él los ataques por parte de los musulmanes sunníes ortodoxos, lo que explica que a su muerte, según se dice, quemaran su casa con todos sus libros. Jayyam vivió siempre con sencillez, y del mismo modo, ajeno a vanidad, murió y fue sepultado en su ciudad natal en 1132.

Abulhassan Alí Beyhaquí, sabio historiador del siglo XII, nos dejó algunos comentarios sobre Jayyam, si bien ya Nezamí Aruzí, en *Chabar Magaleb* ['Los cuatro tratados'], lo mencionaba como astrónomo. Después, el investigador Alí Ibn Ghazí al Ashraf lo citaba como el más sabio de su época, añadiendo que enseñaba «todas las ciencias griegas»; mientras en el siglo XIII, Najm al-Din Abu Bakr Razí, sufí riguroso, en su libro *Mirsad al-'ibad* ['La vía de los creyentes', 1200] lo acusaba de materialista y ateo.

Las ideas de Jayyam se apuntalaban en la libertad y la honestidad, y su horizonte, como sabemos, era enormemente abierto. Sus versos, los *rubayat*, fueron, de hecho, una actividad secreta. El *rubai* (singular de *rubayat*) es

una forma métrica breve que consiste en dos versos partidos por la mitad, es decir, en cuatro hemistiquios que riman el primero, segundo y cuarto, quedando libre el tercero. Este tipo de poema se prestaba a la improvisación en las celebraciones y, en muchos casos, era cantado. Es de origen persa y pasó luego a la literatura árabe y a la turca. Reuben Levy, en su *Introduction à la Littérature Persane*², refiriéndose a los *rubayat*, dice que «elementos muy semejantes se han identificado en los *ghatas* o himnos zoroastrianos, por lo que es posible, al menos, que su origen se remonte al periodo sasánida» (226-651 d. C.).

Los textos de Jayyam ponen al descubierto cuánto tenía que decir, lo cual procedía de su visión racional de las cosas. En una etapa de la historia en que, en general, el hombre no podía expresar su profunda libertad interior, aquello que tenía un carácter más radical debía mantenerse oculto. Por otra parte, en la Edad Media, la escritura seguía el pulso del pensamiento, de modo que, podríamos decir, era «extendida», y en ocasiones resulta difícil, como es el caso del opúsculo *De la existencia*, de cuya traducción comenta Milagros Nuin: «he percibido, o me ha parecido percibir, las vacilaciones del autor, pues en realidad no sabe a dónde le conducen sus teorías. No puede exponerse a que lo acusen de desviarse de la doctrina ortodoxa, y estos caminos filosóficos no se sabe adónde pueden conducir».

En su búsqueda, pues, Jayyam no queda libre de alguna contradicción. Por otra parte, expresar lo más íntimo podía resultar peligroso. Esto explica que sus *rubayat*

fueran clandestinos en su momento. En estos poemas, con todo, la invitación al goce y a la bebida no es, en el fondo, pura exaltación, sino una expresión envuelta en un halo de ironía. Lo que el poeta está afirmando, fundamentalmente, es un modo de mirar la vida consecuente con lo que la inteligencia es capaz de detectar.

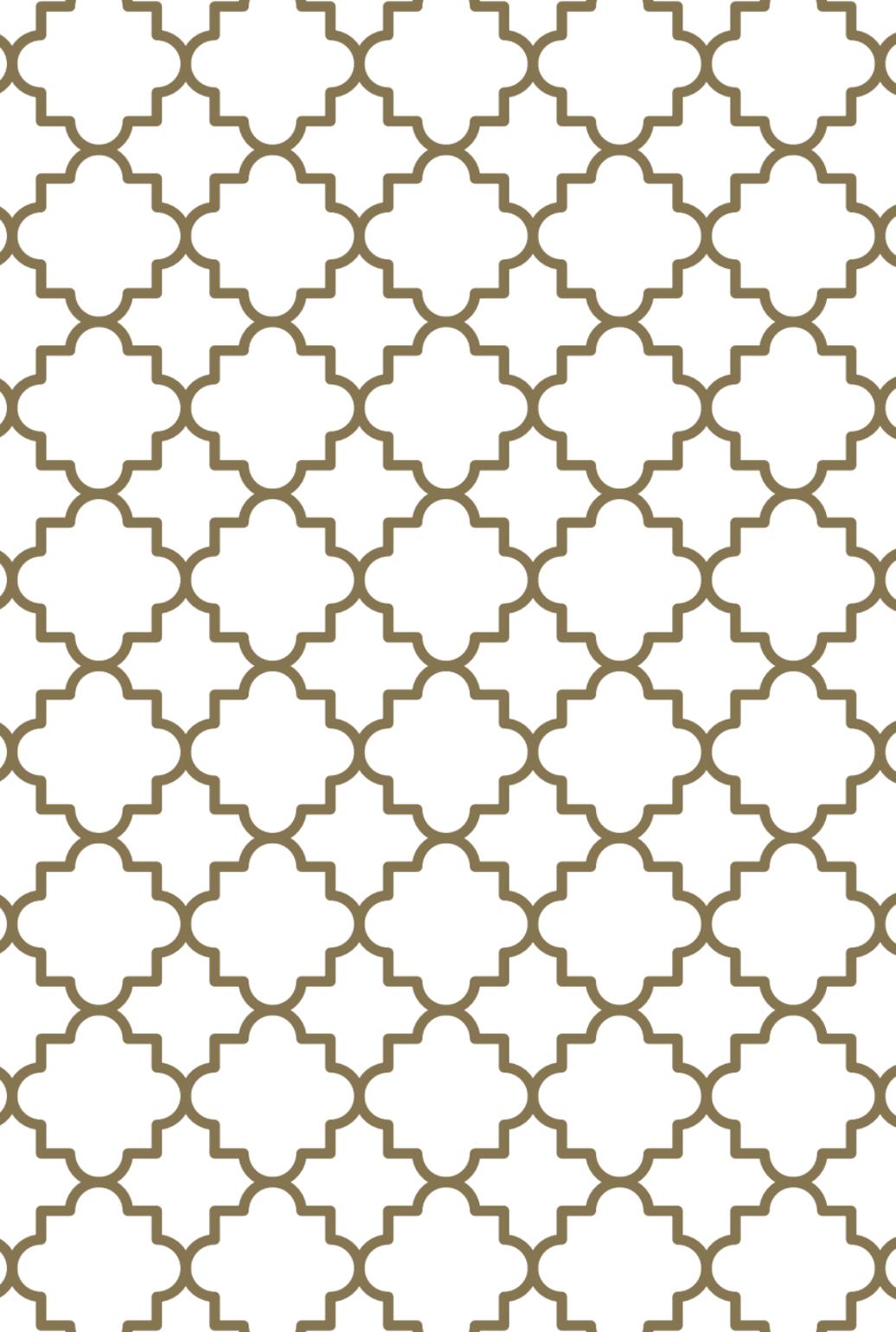
Conociendo la existencia del tratado sobre la existencia de Jaiyyam, y segura de su importancia, lo comenté una vez con dos jóvenes que habían obtenido una beca para estudiar en Irán. El azar, que, en ocasiones, es benéfico, hizo que una de ellas, Tere Recarens, viajara luego a la ciudad natal del autor de los *rubayat* y visitara su tumba. Allí encontró el libro compilado por Rahim Rezazadeh Malek, *Daneshnameie Jaiyyam* [‘Libro de la sabiduría de Jaiyyam’, subtítulo: Antología de escritos científicos, filosóficos y literarios], y pronto me lo hizo llegar. Quiero hacer constar mi profundo agradecimiento a Tere Recarens por este gesto generoso —en dicha obra nos hemos basado en el presente trabajo—. Extiendo mi agradecimiento igualmente sentido a aquellos con los que he consultado, Federico Arbós y Ahmad Taherí, y a los que han colaborado en esta compleja empresa. En primer lugar a los traductores, que se han enfrentado en ocasiones a imposibles. Respecto a los opúsculos en lengua árabe, a Milagros Nuin, que ha hecho gala de su minuciosidad, tanto ante los escritos filosóficos como ante el fragmento sobre la música; a Jaafar al-Aluni y a Manuel Martínez Llana, que han necesitado la precisa exactitud que requieren estudios como los matemáticos, y a

Antonio Martínez Castro, que los ha amparado, con sabia palabra, aportando una visión de conjunto. Pasando a los tratados en lengua persa, a Said Garby, que colabora asiduamente conmigo e insiste en matizar cualquier detalle.

Por otra parte, va también mi gratitud a aquellos que han escrito los textos que acompañan a los de Jaiyam: Jenaro Talens en la ardua cuestión de la música, y Jesús Moreno Sanz, que, con su rigor en concretar las fechas y atar todos los cabos, ha hecho posible que presentemos una imagen no solo histórica sino en el espacio de la vida, abarcando el discurrir de la mente y los movimientos materiales del hombre llamado Omar Jaiyam.

[Clara Janés]

I. *El tiempo*



Preliminar

Cuando el sultán Malek Shah invita a Omar Jayyam a reformar el calendario, Ispahán, con su hermoso río Zayandé, alcanzaba un brillante desarrollo, tanto en el aspecto social como en el artístico. La ciudad, en efecto, era la capital del Imperio Selyúcida, que se extendía desde Siria y Turquía hasta China. Los horizontes a los que aspiraba el sultán no se limitaban al territorio, el espacio, sino que buscaba fijar aquello más huidizo: el tiempo. El gran renombre de Jayyam como filósofo, matemático y astrónomo hacía de él la figura ideal para dicha empresa.

Omar Jayyam se dirigió a Ispahán dispuesto a cumplir con ese cometido. Uno de los resultados fue la escritura del tratado *Del descubrimiento de la verdad del Año Nuevo*, obra que conoció varias ediciones a lo largo de los siglos.

No se trataba solo de establecer la sucesión de los meses, sino de acompañarlos de su carácter astrológico y sus características respecto al modo de ser de los hombres y su relación con la tierra, en cuanto a la agricultura, así como de relatar la historia de las sucesiones de los días y los meses en distintos periodos.

Dicho opúsculo, en algunas de sus ediciones, iba unido a otros escritos relacionados con el tema. Así, entre los años 1135 y 1162, Abdul Rafé Heraví, como obsequio a Tach al-Dul Josrow Malek, último rey de los Gaznavidas, lo unió a un texto sobre los regalos que se entregaban a los reyes y a los sultanes con motivo del cambio de año.

En el 1472, se hizo una copia del tratado y se divulgó con otro título: *Opúsculo de la investigación del Año Nuevo*. Esta edición fue a parar a la Biblioteca del Museo Británico y Charles Rieu, en 1881, la incluyó en el *Catalogue of The persian Manuscripts in the British Museum*.

En el año 1347, el tratado *Del descubrimiento de la verdad del Año Nuevo* ya había visto la luz (si es verdad la fecha y no es un añadido posterior) en un volumen recogido por Abdul Rafé Heraví, pero el copista interpretó mal algunas expresiones y palabras. Con todo, dedujo que el texto entero había sido escrito en la época de Malek Shah (o Yalal al-Din Malek Shah) (1072-1092), de la dinastía selyúcida, y, siendo conocedor de Omar Jayyam, escribió sobre él una nota. Este volumen está, desde 1928, en la Biblioteca Estatal de la ciudad de Berlín.

Ahora bien, en el año 1933, Mohammad Gazviní microfilmó el ejemplar de la Biblioteca Estatal de Berlín y

la envió a la Biblioteca Mahref de Teherán. Un año después, Mojtavá Minaví publicó esta copia con el título de *Opúsculo del descubrimiento de la verdad del Año Nuevo*, destacando que se basaba en un ejemplar único conservado en Berlín, obra de «Omar Jayyam el sabio y matemático y autor de los *rubayat*».

En el año 1960, Mohammad Mohammadluye Abasí añadió la edición preparada por Mojtavá Minaví a la *Antología de las obras persas de Omar Jayyam*.

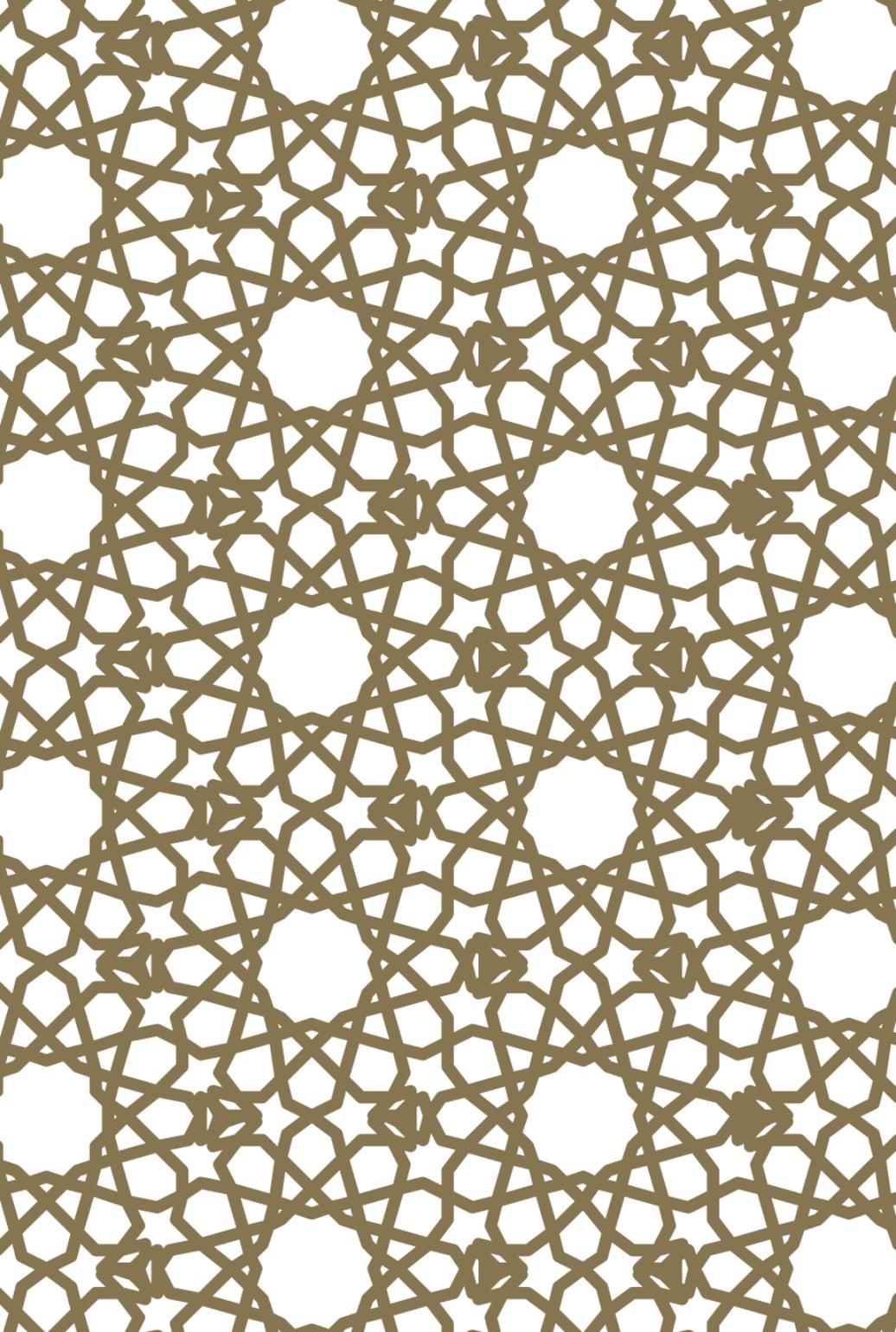
Con todo, el momento en verdad decisivo respecto a dicha obra se produjo cuando, en el año 1962, los matemáticos Rossenfeld y Yuskovitch dieron a conocer *Los tratados de Omar Jayyam* en Moscú, en versión original y traducidos al ruso.

En 1965, Alí Jasurí publicó de nuevo el tratado partiendo de un ejemplar microfilmado en 1962 en Moscú.

En la década de los sesenta del siglo XX, Mehrdad Avesta, a su vez, reeditó los tratados de Omar Jayyam, basándose en una edición anterior a la de Mojtavá Minaví.

Las ediciones de *Del descubrimiento de la verdad del Año Nuevo*, ya derivaran del ejemplar conservado en la Biblioteca Británica de Londres o del que se encuentra en Berlín, quedaron reflejadas en los anuarios de *Kama* y de *Der Spiegel* de 1900 y 1908 respectivamente.

[Clara Janés]



Del descubrimiento de la verdad del Año Nuevo

*E*n el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso

1.

En este libro queda escrita la verdad del Año Nuevo¹, y así se explica, ante las autoridades y pueblos persas, qué día fue y por qué, y qué rey lo instauró y cómo. Y por qué lo enaltecían, y, además, qué representaba en las ceremonias reales y en las costumbres y en cualquier trabajo. Todo está aquí resumido.

2.

Pero la razón de su nombre Noruz² se debe a que se sabía que el Sol presenta dos aspectos en su giro. El prime-

ro consiste en que cada trescientos sesenta y cinco días y un cuarto de día acontece el primer minuto de Aries³. A este momento se le llama Noruz. El otro aspecto se refiere a que cada mil cuatrocientos sesenta y un años el inicio se repite exactamente, en el mismo instante original. Y cada año no volverá a tener lugar en el mismo minuto, en el mismo tiempo y día en que se produjo el punto del inicio y pasó, ya que cada año se pierde un cuarto de día.

3.

Y cuando Djamshid se percató de ese día, lo llamó Noruz y lo celebró. Y después los reyes y los demás hombres le siguieron.

4.

Y la historia es así. Cuando Kyumars —el primer rey persa— fue coronado, quiso que el periodo del año y los nueve meses tuvieran nombre y que se plasmara la sucesión de los días para que los pueblos pudieran tener acceso a ello. Aquel día al alba, en cuanto vio salir el Sol y con él aparecer el primer minuto de Aries [la primavera], llamó a todos los sacerdotes persas y les dio la orden de establecer el comienzo del calendario, y de que, desde aquel mismo día, pusieran nombre a los meses con doce nombres, de modo que el calendario empezara a partir de dicho momento. Los sacerdotes todos se reunieron y establecieron el calendario.

5.

Y así dijeron los sacerdotes persas —que eran los sabios de su tiempo— que Dios Altísimo y Misericordioso tiene doce ángeles. De ellos, ha puesto cuatro ángeles en el cielo para que protejan todo lo que hay en él de los diablos, y otros cuatro ángeles en cuatro puntos del universo, para que no dejen pasar a los diablos por el Monte Khaf, y se dice igualmente que a otros cuatro ángeles les ordenó que dieran vueltas a los cielos y las tierras y mantuvieran apartados a los demonios de las criaturas.

Y así dicen que este mundo, en comparación con el otro mundo, es como una casa nueva en el viejo universo, y Dios Altísimo creó el destacado Sol a partir de su propia luz y con él dio luz al cielo y a las tierras e hizo crecer los vegetales; y a los habitantes del mundo tener los ojos puestos en él, que es una luz de las luces de Dios Misericordioso; y que sobre todo lo miren con aprecio y humildad porque, en su creación, Dios Altísimo y Misericordioso fue con él más generoso que con lo demás.

Y se pone el ejemplo diciendo así: que un alto rey da la orden a un Califato [independiente pero sometido a otro] de respetar al Califa de este y reconocer su dominio. Como consecuencia, quien respeta a este Califato respetará a su soberano.

6.

Y dicen que, cuando, en aquel momento, Dios Altísimo y Misericordioso dio la orden [al Sol]: «No te detengas y